

JUAN NEGRÍN, AL FRENTE DE LA POLÍTICA EXTERIOR DE LA REPÚBLICA (1937-1939)¹

Ricardo Miralles
Universidad del País Vasco

En la nueva etapa de la República, que se inaugura con Juan Negrín el 17 de mayo de 1937, el gobierno va a imprimir un mayor impulso a las relaciones internacionales, empezando por coordinar ideas y señalar instrucciones precisas a los agentes españoles en el extranjero². Desde el primer momento, Negrín pensó que, en las condiciones de guerra civil que padecía España, faltaba trabajo directo cerca de los gobiernos extranjeros.

La preocupación de Negrín por la política exterior de la República le llevó a participar muy directamente en la elaboración de la misma, y, sobre todo, en su puesta en práctica. Tuvo dos Ministros de Estado, Giral, en su primer Gobierno, y Álvarez del Vayo, en el segundo, y otro más en la sombra, el presidente Azaña, con cuyas iniciativas internacionales (que bordeaban la inconstitucionalidad) discrepó en más de una ocasión, a veces de una manera muy dura. Al decir de Zugazagoitia, Negrín adquirió la pasión diplomática, un oficio para el que estaba bien dotado. Sin embargo, en un rasgo propio del carácter de Negrín, Zugazagoitia encontraba que los juicios de éste en la materia fueron siempre «demasiado absolutos y tajantes», emitiéndolos siempre como definitivos³. Los encontronazos más serios que tuvo con Azaña fueron, de hecho, por las cuestiones internacionales, reconociéndolo explícita-

¹ Este artículo es una versión de un capítulo del libro de Manuel TUÑÓN DE LARA, Ricardo MIRALLES y Bonifacio N. DÍAZ CHICO: *Juan Negrín López. El hombre necesario*, Las Palmas, Gobierno de Canarias, 1996.

² AZAÑA, *Obras completas* (O.C.), ediciones Giner, Madrid, 1990, vol. IV, p. 617.

³ J. ZUGAZAGOITIA: *Guerra y vicisitudes de los españoles*, París, Librería Española, 1968, vol. II, pp. 130 y 190.

mente así Negrín. Por ello, sus relaciones con Giral, correligionario político del Presidente de la República, fueron más difíciles que con Vayo, «negrinista» convencido, que además de partidario de la resistencia a ultranza que predicó Negrín, permitía a éste una acción diplomática amplia, más difícil de realizar con Giral⁴.

La activación de la política exterior republicana que se produce durante la etapa de los gobiernos de Negrín va a tener una doble orientación: por una parte, mantener las relaciones especiales con la URSS, de la que dependía el suministro de armas, y, por otra, abrir vías a una reorientación de la política exterior francesa que fuera más favorable a la República española y menos dependiente de Gran Bretaña, empeñada esta última en una política que perjudicó enormemente al régimen legal español, consistente en alejar a Francia del escenario español, acercándose simultáneamente a Italia.

La relación con la URSS había sido establecida desde fecha muy temprana, al poco tiempo de empezar la guerra, concretándose en el envío del oro del Banco de España a Moscú, el suministro de armas de procedencia soviética y los apoyos diplomáticos en el Comité de Londres que supervisaba el Acuerdo de No Intervención. Sin todo ello hubiera sido imposible mantener la guerra. El apoyo de la URSS servía los planes de política exterior de Stalin en aquel momento concreto de la historia europea, por lo que la República española fue beneficiaria de unas determinaciones tomadas en las que no intervino directamente. La Unión Soviética, partidaria desde 1934 de la política de seguridad colectiva que Francia y Gran Bretaña predicaban a través de la Sociedad de Naciones, esperó generar una coalición con los gobiernos democrá-

⁴ Según J. Zugazagoitia, Negrín le habría dicho lo siguiente: «Los embajadores que visitan a Giral sacan la impresión, por las desladoras palabras de Don José, de que todo está perdido y de que no nos queda otra posibilidad que la de rendirnos. (...) Con Álvarez del Vayo no sucederá eso. Los diplomáticos que le visiten formarán un concepto lamentable de su ecuanimidad mental o darán en sospechar que es un delirante; pero no podrán apoyar en palabras del ministro los mensajes pesimistas que, con tanta complacencia como rencor envían a sus jefes. No aspiro a que Vayo los confunda. Me conformo con que no los ratifique. El juicio que personalmente formen sobre él me tiene sin cuidado. (Si todo va bien) quien sabe si a nuestro paradisiaco amigo le discernirán categoría de Metternich». Cfr. pp. 106-107. Efectivamente, los informes de Álvarez del Vayo no dejaron en ningún momento de ser optimistas. «No recuerdo —asegura Zugazagoitia— haberle oído la menor noticia intranquilizadora. Sus colegas de gobierno le escuchaban un poco reticentes, con una media sonrisa irónica. Don Juan con mayor motivo. (Con Vayo Negrín) había acertado. El ministro de Estado le garantizaba la difusión de un optimismo de marca panglosiana.» Además, «el acierto de Negrín (al nombrar a Vayo) era doble, ya que la voluntad de Vayo le consentía ser él quien se ocupase de los negocios diplomáticos de Europa». Cfr. pp. 129 y 130.

ticos y de izquierda de la Europa occidental para frenar los propósitos expansionistas nazis. España era una ocasión propicia. La República española cultivó la relación con la URSS de manera especial, destacando a Moscú a un embajador permanente, Marcelino Pascua, que mantuvo unas excelentes relaciones con Maxim Litvinov, Comisario del pueblo para las relaciones exteriores, e incluso con Stalin.

En el caso de Francia la situación fue diferente, ya que sin su colaboración hasta las mejores ayudas de otros hubieran sido estériles. La frontera francesa, ya que no la colaboración directa del país vecino, fue el nexo de unión con todos los auxilios que le llegaron a la República. Por eso, de la orientación que Francia diera a su política exterior dependía, en gran parte, la supervivencia de la República. Negrín lo sabía: de ahí que, asegurada la relación con la URSS, volcara todos los esfuerzos internacionales del régimen republicano en París.

El primer Gobierno Negrín coincide internacionalmente con sendos cambios políticos en Francia y en Gran Bretaña, en los que caen Blum y Baldwin respectivamente. El nuevo gobierno de Neville Chamberlain va a orientar decididamente la política exterior británica por la senda del apaciguamiento, dando mayores facilidades a Alemania e Italia. El gobierno francés de Chautemps, por su parte, va a experimentar una creciente soledad internacional como consecuencia de las iniciativas individuales de Gran Bretaña en el contexto europeo (sobre todo a consecuencia de su acercamiento a Italia), y, simultáneamente, una mayor presión para que su no intervención en España fuera estricta. Con todo, la segunda mitad del año 1937 no fue desfavorable en el plano diplomático para la República, como consecuencia de la renovada acción intervencionista de Alemania e Italia al lado del bando franquista.

La actividad diplomática del gobierno de la República fue llevada al unísono por Negrín y Giral, y Azaña siguió de cerca todo el proceso tratando de influir en él. Las continuas violaciones del Acuerdo de No Intervención de las potencias totalitarias pusieron seriamente en entredicho dicho Acuerdo, dando resortes a la República para pedir su terminación o, en su defecto, la apertura de la frontera francesa. Entre julio y octubre de 1937 se presentan varios momentos favorables para explotar dicha vía.

A lo largo de este período, el gobierno francés aparece decidido a no tolerar más transgresiones de la No Intervención, por lo menos, a que no queden sin una respuesta eficaz. Chautemps, Delbos, Cot, e incluso el personal menos dispuesto a aventuras del Quai d'Orsay, como Fouques-Duparc, Laugier, Rochat o el mismo Aléxis Léger, secretario general del Quai d'Orsay, responden con energía, lo cual llena

de satisfacción a Negrín; Azaña, más esceptico, se complace pero teme que el gobierno británico acabe asfixiando la reacción francesa. A mediados de julio aparecen signos de que la República tiene aún opciones diplomáticas favorables: Francia ha suspendido el control de los observadores internacionales en su frontera terrestre, ha rechazado en el Comité de Londres un plan «constructivo» presentado por Alemania e Italia para la retirada de combatientes sobre la base del reconocimiento de la beligerancia a Franco (Gran Bretaña también lo ha hecho), y, además, se halla dispuesta a presionar a Gran Bretaña para acabar, llegado el caso, con el acuerdo de no intervención. Azaña piensa que la situación podría favorecer a la causa republicana si como resultado de la desaparición del Comité de Londres el asunto de la repatriación de los extranjeros lo asumiera la Sociedad de Naciones a instancias de Francia y Gran Bretaña. Si la Sociedad recomendara y votara un plan de esa naturaleza, el tema adquiriría una nueva dimensión, abriendo una salida para la República.

Este planteamiento responde a la idea central de Azaña de que la guerra está perdida en el plano militar, pero que es posible salvar a la República en el plano diplomático. Azaña siempre insistió en que debía prepararse políticamente el desenlace de la guerra, haciendo todo lo posible para que los medios políticos que pudieran influir en la situación de la guerra, favorecieran a la causa republicana: una retirada de combatientes, conseguida mediante acuerdos entre las potencias, sin que el gobierno español tuviera que suscribirlos formalmente, era el mejor dispositivo para la pacificación, tras de la cual, y conservando la República y la legitimidad de sus instituciones, todo lo demás era opinable. A ojos de Azaña, perseverar en la idea de retirada de combatientes no españoles podía propiciar una intervención extranjera destinada a imponerla, con lo que se reequilibrarían los dos bandos y la negociación con los franquistas sería más factible.

Negrín, que podía estar de acuerdo con bastantes de los puntos de vista del Presidente, difería en uno sustancial: no daba por perdida la guerra. Negrín no se opone a las ideas de las que Azaña es portavoz, pero las ve difícilmente realizables mientras la situación bélica no sea medianamente sostenible por la República; de ahí que su razón de perseverar en la guerra y en las posibilidades de vencer formen parte de lo que podríamos llamar su política de paz. La negativa a la retirada de «voluntarios» haría saltar por los aires la no intervención y abriría, a la vez, la frontera y nuevas perspectivas diplomáticas para la República, piensa Negrín. Las diferencias entre uno y otro punto de vista son sustanciales, aunque por ahora no son insalvables; cuando la situación mi-

litar sea ya francamente desfavorable para la República, aflorarán con toda intensidad⁵.

Como hemos dicho, el panorama internacional experimenta un giro favorable para los intereses republicanos en los meses finales de 1937. Francia aparece decidida a no seguir perdiendo posiciones ante la agresividad de las potencias fascistas en España, especialmente de Italia, y baraja la idea de abrir la frontera al tráfico de armas e incluso la posibilidad de una ocupación de Menorca. La preocupación francesa es grave; Eden, secretario de Foreign Office, lo sabe, ha hablado de ello con Delbos y Chautemps, y el gobierno británico tiene que aceptar sus responsabilidades ante los temores de Francia, aunque tratando de contener sus acciones. En la República española, esta situación da lugar a movimientos políticos representativos de la línea de fractura que va abriéndose en su seno entre quienes consideran que debe hallarse una solución negociada de la guerra y quienes ven posible aprovechar la nueva deriva internacional a favor de la causa republicana.

Desde luego Azaña, y quienes piensan como él, no busca explotar este momento favorable para la República en la escena internacional para sacar nuevas energías de lucha; esa expectativa no entra en sus cálculos: «hay que procurar —dice entonces— la más pronta conclusión de la guerra». No hay otra salida a su juicio, ya que la guerra se está perdiendo y es preciso «antes de que la derrota sea inevitable a ojos de todos, obtener las condiciones menos malas»⁶. La reunión de septiembre de la Sociedad de Naciones se presenta en inmejorables condiciones para explorar las tesis presidenciales. Sin embargo, por el sentido de los contactos de Negrín en Ginebra con Eden y Delbos, solicitando de ambos la apertura de la frontera, y a este último incluso el envío de oficiales y suboficiales franceses para reforzar al ejército republicano, preciso es reconocer que Negrín hizo prevalecer su criterio de que sólo era posible hallar una solución favorable para la República continuando la guerra.

En el plano político internacional, el resultado de las presiones francesas sobre el gobierno de Londres fue la presentación de una nota conjunta franco-británica a Italia proponiéndole conversaciones tripartitas para la retirada de voluntarios, sin las cuales no sería posible seguir manteniendo las obligaciones de la no intervención. Italia sólo aceptó continuar las discusiones en el seno del Comité de Londres, cosa que Gran Bretaña acabó admitiendo haciendo un grave

⁵ AZAÑA, O.C.: vol. IV, pp. 620-621.

⁶ AZAÑA, O.C.: vol. IV, p. 757.

daño a Francia (Delbos le dijo entonces al embajador británico Phipps que si el asunto no se resolvía rápido y no se veía apoyada para reaccionar por Gran Bretaña, Francia se convertiría en una potencia de segunda clase; desde ese mismo momento las facilidades fronterizas para el tránsito de armas se generalizaron; es más, el mismo Eden llegó a aconsejar a Delbos que aunque no abriera oficialmente la frontera, dejara pasar cuanto quisiera)⁷. El resultado de las discusiones que siguieron en dicho Comité fue una nueva proposición conjunta franco-británica, en base a la reanudación de los controles terrestre y naval, beligerancia limitada y retirada de combatientes extranjeros.

El plan resultaba de un enorme interés para los gobernantes republicanos, y por ello Azaña, Negrín, Giral y Prieto, están de acuerdo, en principio, en dar al Comité de Londres una respuesta favorable. Los cuatro piensan que la operación de la retirada de extranjeros exigirá una suspensión de hostilidades, pero mientras que el Presidente de la República y Giral creen que si se suspenden las hostilidades éstas no se reanudarán, Negrín y Prieto la consideran muy conveniente para el descanso y reorganización de las fuerzas.

La situación bélica y diplomática empeora a lo largo de 1938 para la causa de la República. Toda una serie de hechos adversos para su suerte coinciden, tanto en el plano interior como en el internacional, en poco tiempo. La ofensiva victoriosa de las fuerzas franquistas en el frente de Aragón, que empieza el 10 de marzo, alcanza Vinaroz el 15 de abril, partiendo en dos el territorio todavía controlado por la República; en Gran Bretaña, la política apaciguadora de Neville Chamberlain, libre ya desde el mes de febrero del freno de Anthony Eden, por la dimisión de éste, culmina con el acercamiento a Italia mediante el llamado acuerdo anglo-italiano firmado el día 16 de abril; en Francia, el segundo gobierno Léon Blum cae el día 4 de ese mes, formándose el 10 un gobierno Daladier, anunciador del final del Frente Popular; a las dificultades aparejadas a la nueva situación que va creándose en las dos potencias democráticas, se une un retraimiento de la Unión Soviética en su política pro occidental. Todos estos factores coinciden con los signos de fragmentación en el campo republicano que se manifiestan de forma creciente desde la formación del segundo gobierno Negrín, el día 8 del mismo mes de abril. A partir de estos momentos

⁷ AVILÉS, Juan: *Pasión y farsa. Franceses y británicos ante la guerra civil española*, Madrid, 1994, p. 113.

críticos comienza a fraguarse la división interna entre quienes, como Azaña, consideran que todo está acabado y que debe aceptarse la situación, y quienes, como Negrín, esperan una recuperación o una mejora de la situación que permita enfrentar las cosas en condiciones menos malas.

El 12 de marzo, coincidiendo con la ofensiva franquista en el frente de Aragón, y ante la gravedad de los hechos, Negrín se desplaza a París entrevistándose con Blum, Daladier, Auriol y Cot. Los propósitos de Negrín eran básicamente militares: solicitar —según le dijo después a Azaña— la intervención de cinco divisiones francesas y el envío de 150 aviones⁸. En París se encuentra con la alarma generalizada que ha producido el *Anschluss* alemán sobre Austria y la formación de un gobierno exclusivamente frentepopulista, presidido por Blum, incapaz de hacer frente al desafío alemán. En su ausencia se producen una serie de movimientos políticos y contactos diplomáticos que, sin embargo, corta de raíz a su vuelta. Azaña está detrás de toda una serie de consultas que permitan acabar con la política de Negrín de proseguir la guerra (es necesario «un cambio en la política del gobierno y en el optimismo ciego del Presidente», le dice a Martínez Barrio). Dado que el momento es gravísimo, hay que intentar una solución diplomática, conducida por los partidos republicanos, sostiene Azaña, a lo que Barrio replica que un gobierno de dirección republicana no sería obedecido por nadie. Giral, a la desesperada, revela al embajador francés Labonne lo crítico de la situación, y aunque Azaña recrimina la precipitación del ministro, no por ello deja de estar de acuerdo con la sustancia de la entrevista. En realidad Azaña, Prieto y todos los ministros, salvo los dos comunistas, estaban de acuerdo en que la situación era desesperada, y en la reunión que tienen estando todavía en París Negrín, se pronuncian a favor de una mediación francesa seis de ellos (Prieto, incluido), aunque cinco lo hacen en contra. A su vuelta Negrín descartó esta opción, haciendo ver al embajador francés que estaba dispuesto a esperar una coyuntura internacional más favorable, y que todo arreglo por esa vía era imposible: no lo aceptaría el pueblo español, pero tampoco Franco⁹. En la entrevista que Labonne y Negrín mantuvieron el 25 de marzo, este último pintó la situación así: «En estos momentos, en el estado de espíritu en que se encuentra la población española, todo gobierno que

⁸ Vid. AZAÑA: *Apuntes de Memorias y Cartas*. Edición al cuidado de Enrique de Rivas, Pre-textos, Valencia, 1990, pp. 93-97.

⁹ *Documents Diplomatiques Français, 1932-1939, 2e série (1936-1939)* (DDF), París, Imprimerie Nationale, 1966, vol. VIII, p. 435.

aceptase entrar en negociaciones de conciliación, que reconociese de una u otra manera su derrota, sería barrido. Sería sustituido inmediatamente por otro infinitamente más violento con objeto de proseguir la lucha»¹⁰.

La crisis del primer gobierno Negrín, en abril de 1938, se resuelve desfavorablemente para los partidarios de una salida negociada. Supuso la salida del gabinete de Indalecio Prieto y de José Giral, asumiendo Negrín directamente el Ministerio de Defensa y siendo ocupado el Ministerio de Exteriores otra vez por Álvarez del Vayo. Después de una conversación con el nuevo ministro, el embajador francés, Labonne, calificaba al nuevo gabinete como un ministerio de Union Sacrée, «de guerra», y «resueltamente hostil a la mediación». «En cierto sentido —informaba a su ministro— este cambio ministerial no es sino el epílogo del gran debate que tan profundamente ha dividido al gobierno precedente en torno a la mediación»¹¹.

Se había consolidado el sector partidario de continuar la guerra, y desde entonces las relaciones de Azaña con Negrín van a ir de mal en peor. A partir de este momento puede decirse que comienza una poderosa actividad diplomática, conducida desde el ministerio por Vayo, con el concurso principal de los embajadores en Londres, Azcárate, y París, Pascua, y con Negrín al frente de todo ello, que tiene poco o nada que ver con las tesis del Presidente de la República, Azaña. En esta fase final de la guerra, pero no antes, es cuando Azaña se decide, por fin, a desarrollar al margen del gobierno algunas iniciativas diplomáticas¹². La situación que, a partir de entonces, debe enfrentar Azaña es la de una franca oposición con el jefe del gobierno. Éste tiene un planteamiento diferente sobre los medios de conseguir una salida para la República. De entrada no podía darse por perdida la guerra, ya que a partir de ahí lo único negociable era la derrota. Negrín pensaba que sólo con un Ejército aguerrido, un gobierno unido, una resistencia eficaz y un pueblo en armas era posible una salida que no fuera la entrega.

¹⁰ DDF, IX, p. 56.

¹¹ DDF, IX, p. 117.

¹² Según cuenta Azaña en sus Memorias, en una conversación mantenida con Sánchez Román, el 7 de setiembre de 1937 en La Pobleta, éste le dijo que «En su opinión, yo debería olvidarme un poco de mi papel oficial y conducir personalmente la política exterior. Le explico que eso es imposible. A espaldas del Gobierno no iba a hacerlo; de acuerdo con él, ya lo procuro, en el único modo posible, o sea razonando mis puntos de vista y procurando inculcárselos». A partir de ahora, sin embargo, Azaña parecería haber aceptado aquel consejo. AZAÑA, O.C.: vol. IV, p. 767.

Entretanto el panorama internacional se agrava para la República. En primer lugar la diplomacia republicana-española tuvo que hacer frente a la inestabilidad de la política francesa de aquel año, con la sucesión en pocos meses de dos gobiernos, de frente popular el primero (con Blum a la cabeza) y de centro derecha el segundo (con el radical Daladier presidiéndolo y sin participación socialista), además del fracaso de un nonnato gobierno de unión nacional que proponía el líder socialista Blum en marzo de 1938, en el momento del Anschluss austriaco. El corto período de tiempo que abarca el segundo gobierno Blum (marzo-abril 1938) resulta momentáneamente favorable para la República española por cuanto en su transcurso la frontera permaneció abierta y el tránsito a través de Francia de armamento de origen soviético fue especialmente importante. Pero también hay que señalar que, a pesar de las perspectivas favorables, también es este el momento en que queda definitivamente descartada cualquier acción de envergadura (provisión decisiva de armamento y/o intervención militar francesa) de Francia en el tema español, en la reunión del Comité Permanente de la Defensa Nacional del 15 de marzo de 1938.

La caída de Blum al poco tiempo, 4 de abril, siembra de incertidumbre el panorama francés con respecto a España. El nuevo gobierno Daladier-Bonnet no presenta demasiadas buenas perspectivas para la República española, de manera que el embajador Labonne se permite calificarlo como «no muy favorable» a la causa republicana, juicio que compartía el embajador español en París, Pascua, al informar a Negrín de que «la situación política creada con la formación del nuevo gobierno es, desde el punto de vista externo, evidentemente mucho menos favorable para nosotros que la anterior por atribuírsele (al nuevo gobierno) el doble eje de intento de aproximación hacia Italia por una parte, y, por otra, de refuerzo de la congruencia con la política del Gobierno Chamberlain. (Se dibuja) la tendencia a disminuir los riesgos de una guerra internacional —sostenía—, y para ello aminorar la tensión en el Mediterráneo», a costa de la República¹³. Este gobierno va a seguir una política de alianza con Inglaterra a toda costa, con graves perjuicios para España. Como acertadamente ha dicho Ángel Viñas, la profundización de la relación con Gran Bretaña del nuevo gobierno Daladier-Bonnet, justo en el momento histórico en que la política de apaciguamiento de Chamberlain entraba en la senda de la renuncia que culminaría en Munich, no podía sino tener consecuencias negativas

¹³ Carta de Marcelino Pascua a Negrín, de 13-IV-1938, en Archivo Marcelino Pascua (AMP). Archivo Histórico Nacional, Madrid. Caja 2, legajo 19.

para España. La política francesa se vería afectada, y a través de ella la situación en la España republicana también necesariamente¹⁴.

Las perspectivas de la política de Gran Bretaña hacia España, que habían sido malas desde el principio, se agravan ahora. El acercamiento a Italia era una de las condiciones de la política británica de apaciguamiento. A ojos de Londres nada debía perturbar el buen entendimiento de las potencias mediterráneas, y por supuesto mucho menos un país menor como España. En la coyuntura histórica en que se forma el gobierno Daladier, Chamberlain está ultimando el «nefasto»¹⁵ acuerdo anglo-italiano que confirmaba la determinación inglesa de resolver todos los contenciosos con Italia, única fórmula capaz, según el Foreign Office, de alejarla de la órbita alemana. Efectivamente, el 16 de abril se firma el pacto anglo-italiano, en el que Chamberlain condenaba prácticamente a la República. Negrín responde con los conocidos «Trece puntos», que, sin embargo, poco podían aportar a la debilitada situación española.

Pero para mayores males, en las conversaciones Daladier, Bonnet-Chamberlain, Halifax de ese mismo mes en Londres, la postura inglesa se centró en convencer al Gobierno de París de que debía cerrar la frontera con España. En realidad, el Gobierno republicano ya pensaba a esas alturas que la política de apaciguamiento británica iba a implicar el sacrificio de la República. El gobierno francés cerró efectivamente la frontera el día 13 de junio. Para Azaña, que siempre había considerado que el cierre «aniquilaría» a la República¹⁶, la situación se volvió desesperada, haciendo más necesario que nunca buscar una salida pactada. La resistencia numantina sólo conduciría al país al desastre. La reacción del gobierno Negrín fue, sin embargo, la de rechazar «componendas» («nuestros cálculos de poder prolongar por un año más todavía la resistencia permanecen intactos», señala Vayo a Pascua dos días después del cierre): «resistir o entregarse, esa es la disyuntiva», se asegura en Barcelona¹⁷. Zugazagoitia reconoce en varias cartas a Pascua, escritas entre el 17 y el 20 de junio, que el país «está convencido de que no hay posibilidad de que la contienda se gane con las armas.

¹⁴ VIÑAS, A.: «Las relaciones hispano-francesas, el gobierno Daladier y la crisis de Munich», en *Españoles y franceses en la primera mitad del siglo XX*, CSIC, Madrid, 1986, pp. 161-220, p. 173.

¹⁵ Cfr. Pablo DE AZCÁRATE: *Mi embajada en Londres durante la guerra civil española*, Ariel, Barcelona, 1976, p. 227.

¹⁶ AZAÑA: *Apuntes de Memoria y Cartas*, cit., p. 91.

¹⁷ Carta de Vayo a Pascua, de 15 de junio 1938, en AMP, Caja 1, leg. 21.

Hay cansancio, deseos de acabar, ganas de quedarse en paz», y sin embargo, en el Consejo de Ministros del 27 de junio, queda aprobado rechazar la mediación o la suspensión de hostilidades en tanto no se reequilibre la situación militar desfavorable para la República como consecuencia del cierre fronterizo¹⁸.

El 5 de julio, sin embargo, se abrió una posibilidad nueva sobre la que basar una suspensión de hostilidades, al estilo de como Azaña la preveía hacía tiempo. Ese día se aprobaba en el Comité de Londres un proyecto de retirada de combatientes extranjeros que, aunque bastante desfavorable, aceptó el gobierno español. Azaña vio una luz al final del túnel, y fue la base del plan que expuso al representante británico ante el gobierno de la República, John Leche, en la célebre entrevista secreta de Vich, el 29 de julio de 1938. Según le dijo Azaña, las negociaciones para la retirada de combatientes desembocarían en una tregua al final de la cual continuar la guerra era improbable, y que por tanto después sería posible otorgar una amnistía general en ambos bandos, realizar un intercambio de prisioneros y, llegado el caso, un plebiscito bajo control internacional. Él se comprometía a jugar un papel, aconsejando la paz y preparando a la opinión pública para la mediación, pero para llevarlo adelante todo dependía de la intervención británica, sin la que no era posible imponer a nadie una política de paz. Leche encontró interesantes las propuestas aunque creía que Azaña no encarnaba el poder real en la República, y que éste se hallaba en manos de Negrín y Vayo. «la vida y el alma de la guerra»¹⁹. El Foreign Office se limitó a darse por enterado de la entrevista, mientras que Negrín, al tener noticia del asunto, lo consideró un error por descubrir abiertamente las debilidades de la República.

La crisis de gobierno de agosto de 1938, supuso el fin de todos estos intentos y el fortalecimiento de la línea propugnada por Negrín de resistir hasta encontrar el momento oportuno. Éste, a juicio de Azaña, no llegaría por mucha resistencia que hubiera sino porque se forzara a las potencias democráticas a involucrarse en el final del conflicto mediante una paz pactada. Pero, ¿qué podía ofrecer la República si no era su pura y simple rendición? En realidad para Azaña de lo que se trataba era de detener una matanza ya inútil, mientras que Negrín creía que un cambio de las tensas circunstancias internacionales acabaría convenciendo a las potencias democráticas de que su seguridad tenía que ver con la defensa de la República española.

¹⁸ AMP. Caja 2, leg. 1.

¹⁹ Luigi PASELLI: «L'illusion déçue de Manuel Azaña», en AMALRIC, Jean-Pierre y AUBERT, Paul, éditeurs, *Azaña et son temps*. Madrid, 1993, pp. 385-398.

La solución dada a la crisis checa, en septiembre de 1938, deshace toda esperanza de mediación aceptable para la República. A partir de ese momento nadie duda ya de que los únicos apoyos con los que cabe contar son, por este orden, la URSS, y/o un cambio de la situación europea que transforme radicalmente las coordenadas en las que se desenvuelve la República. Negrín no hablaba sólo con los recursos del hábil diplomático que acabó siendo, al encargado de negocios, Mr. Leche, al ir éste a despedirse de su cargo el día 31 de octubre. En el Informe al Foreign Office que dirige el nuevo representante inglés, también presente en la conversación, Mr. Skrine Stevenson, se narra la conversación con Negrín en la que éste dijo que la importancia del PCE en España no se debía sólo a que era una fuerza muy eficazmente organizada, sino también «porque Rusia había sido el único país que había dado al gobierno español una ayuda realmente efectiva». Según Stevenson, a Negrín no se le alcanzaba ninguna razón para eliminar al PCE del gobierno sin una contrapartida de las potencias democráticas. Pero si ésta se producía en forma de armas (y Negrín enumeró lo que llamó «el precio de la democracia»: 500.000 rifles, 12.000 ametralladoras, 1.600 cañones, 200 tanques medios y ligeros, 300 bombarderos y 300 cazas) «afirmó —dice Stevenson— que él podría suprimir, y lo haría, al Partido Comunista en una semana»²⁰. Apenas diez días más tarde, Ignacio Hidalgo de Cisneros, jefe de la Aviación republicana, salía hacia Moscú con una carta personal de Negrín para Stalin, fechada el 11 de noviembre, en la que se quejaba amargamente de la debilidad de las democracias occidentales, y en concreto de la entrega de Francia a la política británica, y con un pedido: era exactamente el mismo que había enumerado a Leche y Stevenson.

Las potencias democráticas, sin embargo, no estaban para este tipo de ayuda, limitándose a volver a la cuestión de la mediación. De hecho la ofensiva mediacionista fue más seria y amplia que nunca después del conclave muniqués, especialmente en Francia. A partir de ese momento Bonnet antepone la fórmula de mediación, o «suspension d'armes» tal y como él definía la idea de un armisticio, a cualquier propósito republicano de mayor ayuda o, simplemente, de reabrir la frontera²¹. Parale-

²⁰ Informe cit. en Enrique MORADIELLOS: «Juan Negrín: un socialista en la guerra civil», *Sistema* 125, marzo, 1995, pp. 23-31 (p. 31).

²¹ «Conversación de Bonnet con Pascua, el 17 de junio de 1938, en el Quai d'Orsay: «¿Y no habría posibilidad de terminar esta horrible lucha mediante mediación? —habría preguntado Bonnet a Pascua—, «Inmediatamente se piensa, y conviene que yo les advierta a ustedes del estado de ánimo tal como yo lo noto, que la actitud decidida y el temple tanto de Negrín

lamente se produce un acercamiento secreto a Franco, conducido directamente por el ministro. Las esperanzas republicanas de recibir ayuda deben enfrentarse incluso a la progresiva pérdida de fe de Blum, Herriot, Auriol, Reynaud, Mandel y demás amigos de la República, que acaban aconsejando la aceptación de dicha fórmula. El acto de Munich no lleva al responsable de la política del Quai d'Orsay a plantearse la recuperación de Francia sino a adaptarla a la nueva situación de predominio alemán. En esta línea, en la cuestión española la única solución es preparar un final razonable, mediante la aceptación del fracaso republicano, sujeto en todo caso, y si ello era posible, a ciertas garantías francesas. La opinión pública francesa se orientaba, además, hacia una solución, ahora sí, completamente abstencionista del lado de Francia. La cuestión de la mediación fue, pues, recurrente en los meses finales del año 1938, y a comienzos del siguiente, pero el gobierno español se resistía a una solución que, inmediatamente después de Munich, sólo podía verse en la misma línea de renuncia de las democracias occidentales en el tema español, y, por lo tanto, de acabar la guerra mediante una especie de derrota pactada.

Efectivamente, después de Munich la solución negociadora no podía equivaler, a ojos del gobierno español, sino a entrega pura y simple: «después de la experiencia de Munich no cabe otra actitud, ni otra línea de conducta» que la resistencia, afirma Negrín en un discurso radiofónico emitido desde Madrid, que *El Socialista* aplaude entusiasmado²². El 21 de noviembre el Gobierno español hace pública su postura ante la eventualidad de una «solución» en las conversaciones franco-británicas que se van a celebrar en París, rechazándola rotundamente: «el Gobierno español no podría admitir que se tratara de solucionar la cuestión desde fuera y sin su colaboración», asegura el documento²³. Así fue: la cues-

en la Presidencia, como de usted en Negocios Extranjeros, no son elementos favorables para gestiones de este tipo». En otra conversación con Bonnet, el 20 de junio de 1938, éste insiste en la «suspensión de hostilidades» como una salida. Pascua opone la necesidad de «llegar a un equilibrio» y que para eso es necesario abrir la frontera. Vid. «Conversación con el señor Bonnet, a las 22,30 horas, del día 20 de junio de 1938», en AMP, 2-1.

²² Vid. Carta de Vayo a Pascua de 18 de octubre: «Evidentemente existen en distintos sectores personas, algunas de ellas de nombradía política (¿se refiere Vayo a Azaña?), que piensan de distinta manera. Pero su juicio (...) no influyen decisivamente en la situación política ni pueden ser tenidos para los efectos prácticos en cuenta (...). Las organizaciones sindicales y los partidos políticos de mayor influencia sostienen al Gobierno actual en la línea que marca su política exterior. Toda solución (...) es rechazada con entereza, e indignación». AMP, Caja 1, leg. 21.

²³ Vid. documento en AMP, Caja 9, leg. 2.

ción planeó sobre las conversaciones franco-británicas de los días 23 a 25 de noviembre en París (¿armisticio?, ¿mediación?, ¿negociación?), quizá en la última ocasión en que, antes de la caída de Cataluña, podía haber sido ensayada alguna iniciativa. De todos modos, la negativa de Franco a cualquier trato hubiera hecho inviable una salida de ese tipo²⁴.

Bonnet vuelve a insistir ante Pascua, en diciembre, en que la mediación sería la única salida para la paz, pero que nada se intentaría en tanto el gobierno español no admitiera la viabilidad de la idea²⁵. A ojos del gobierno español, como decimos, la idea de mediación, en las nuevas condiciones internacionales, no podía conducir más que a una derrota con ciertas garantías, circunstancia que todavía no estaba dispuesto a aceptar. Sin embargo, cuando la ofensiva de Franco sobre Cataluña comienza, el 23 de diciembre, las cosas se orientan definitivamente en esa dirección. Resulta difícil concebir otra salida diferente. Eso es al menos lo que piensa Azaña, especialmente desde que el general Rojo, en presencia de Negrín, le expresara el día 28 de enero que toda resistencia era imposible. El Presidente de la República planteó allí que el gobierno no tenía ya más salida que solicitar una mediación de última hora de Gran Bretaña y Francia que hiciera posible la expatriación de los dirigentes políticos republicanos y evitara la represión de los vencedores. Azaña no estaba dispuesto a aceptar lo que llamó el «jusqu'aboutisme» de su jefe de Gobierno²⁶, y forzó una entrevista el 4 de fe-

²⁴ «Si los "cuatro" se arriesgan un día a colocarnos ante el hecho de una "solución" de la cuestión española, se encontrarán con la actitud más resueltamente firme y opuesta de nuestra parte a todo intento de mediación, o de resolver nuestros asuntos sin tenernos en cuenta. Si el encargado de negocios británico —aseguró Negrín en conversación con Vayo— se nos presentase un día diciéndonos: aquí está esta fórmula que hemos concertado para España, nuestra respuesta sería darle los pasaportes y ponerle en la frontera. No hay en España hueco ninguno para ninguna clase de Lord Runciman. Si se nos colocase ante alguno de esos proyectos absurdos de «solución federativa» (tendencia de Monzie), o de división de España en zonas de influencia, trataríamos por todos los medios de crear el frente común español con nuestros actuales enemigos. España no puede ser sino una: una España republicana; una España franquista; una España dentro de la órbita franco-británica; una España entregada enteramente a Alemania e Italia; lo que ustedes quieran, o puedan, pero nada de soluciones escisionistas.» Vid. Carta de Vayo a Pascua, de 11-XI-1938, en AMP, Caja 1, leg. 21.

²⁵ Conversación de Pascua con Bonnet, de 10-XII-1938, en AMP, Caja 1, leg. 22.

²⁶ Este «ir hasta el fin» de Negrín queda reflejado en el telegrama que envía a Pascua el 14 de enero de 1939, con las siguientes instrucciones: «Interesa haga ver Daladier, Reynauld, Mandel resistencia no cesará mientras haya un palmo tierra en nuestro poder. Decisión firme Gobierno y pueblo. Acontecimientos Cataluña débense falta absoluta material más elemental. Con un anticipo de material se puede garantizar la frontera íntegra que aún queda en nuestras manos. (...) Llame atención esfuerzo realiza España beneficio no sólo propio sino Francia Inglaterra. Cada día que dejen pasar hará más indeciso resultado y debilitará posición potencias occidentales frente Alemania e Italia». AMP, Caja 2, leg. 19.

brero con los representantes británico y francés, Stevenson y Henry, ya perdida Barcelona, en la misma raya fronteriza. «Hemos perdido la guerra» —le dice al embajador Henry—, no sólo en Cataluña sino en el resto de España: «Hagan ustedes algo» («Faites quelque chose») (sic), pide angustiado Azaña²⁷. Cuando Henry se entrevista con Negrín cuatro días más tarde, el embajador francés percibe que Negrín sabe que todo estaba acabado y que también éste aceptaría el auxilio final de Francia. Todo fue ya inútil, como sabemos, de manera que la negativa de Franco a cualquier cosa que no fuera la rendición incondicional, sumada al golpe de Casado en Madrid, hizo imposible mitigar el trauma final. El 28 de febrero Gran Bretaña y Francia reconocían diplomáticamente a Franco. Ese mismo día Azaña presentaba su dimisión de Presidente de la República. Apenas quince días más tarde, Negrín salía definitivamente de suelo español desde la posición de Yuste. El final de la guerra estaba ya próximo.

²⁷ Cfr. DDF, XIV, p. 38; y el relato que hace Azaña de la entrevista con Henry, en su carta a Ossorio, de 28 de junio de 1939, en O.C., vol. III, pp. 551-552.